

máquina, sino al representante de la ley religiosa y á la personificación de la virtud!

En las orillas del Ronco, saludamos la columna de los Franceses; esta es una pequeña pilastra de mármol blanco que recuerda la famosa batalla ganada por Luis XII á los Españoles el día de Pascua del año 1512, triste victoria en donde pereció á la edad de veinticuatro años el brillante Gaston de Foix, y la flor de la nobleza francesa. Desde allí escribía Bayardo: «Si el rey ha ganado la batalla, los pobres gentiles-hombres la han perdido.» Veinte mil cadáveres yacían en la tierra.

Una espesa niebla nos impidió gozar de la vista de las campiñas que separan á Rávena de Lugo; el frío llegó á ser demasiado vivo, y nos obligó á andar á pié una parte del camino. El digno cochero, algun tanto enfadado, tanto por sí como por sus caballos, de vernos andar á pié se apresuró á darnos conversación. Insinuarnos que contaba con buenas propinas era su objeto; pero demasiado culto para manifestárnoslo directamente, nos lo dió á entender por el circunloquio siguiente: «Excelencias, nos dijo, hace muchos años que tengo el honor de conducir á nobles extranjeros. El coche, ocupado ahora por vuestras Excelencias, ha trasportado á lord tal y lady cual, y al ilustrísimo señor D.» A cada nombre seguía una biografía más ó menos llena de elogios. «Ya veis, Excelencias, que mi memoria no envejece; ¡per Bacco! si algun extranjero me da un paulo, él puede olvidarlo; pero yo no lo olvido jamás.» Acabada esta frase con cierto aire de indiferencia, hace sonar su látigo, excita á sus caballos, mira los bagajes con no sé qué pretexto, pero en realidad es para dejarnos bajo la impresión de su última palabra.

Le habíamos comprendido. Los comen-

tarios de esto los hicimos en el coche al cual habíamos vuelto á subir para llegar á Lugo. El *Lucus Dianæ* es una ciudad de cerca de tres mil almas, célebre por sus ferias, y por un castillo de la Edad Média, bien conservado. Ciudad y castillo, todo fué tomado por los Franceses en 1796.

Internados de nuevo en un sendero más y más difícil, caminábamos á pié, cuando vimos venir un hombre de cabellos grises, de elevada estatura, de anchas espaldas, de paso firme y de actitud militar. «Señores, nos dijo, vosotros sois franceses si no me engaño.» A nuestra respuesta afirmativa, él continuó: «Conozco un poco á los franceses; ¡he visto tantos! Yo he sido veterano del imperio; he estado en Metz, capital de la Lorena; he sido herido en Wagram; he estado en el sitio de Riga; yo servía en los zapadores italianos.» Y en testimonio de sus palabras, nos enseñó su mano que le faltaban dos dedos, y los botones de ordenanza, que por respeto habia mandado poner en su casaca nueva, y que tenían grabadas estas palabras: *Zappatori italiani*, zapadores italianos. «Honor á los valientes,» le digimos estrechando su mano mutilada, que nos presentó fraternalmente. «Los valientes se van; no somos más que dos en el país, y le enseñamos muchas cosas. El domingo, despues de misa, se forma una reunion á nuestro alrededor, y entónces hablamos del otro. ¿Pero qué se hace en Francia? Dícese que no estais seguros. Y los *Romagnols* ¿qué hacen? ¿En qué estado están los ánimos?» Y el viejo soldado, miembro del consejo municipal de su comuna, notable del país, nos dijo en su lenguaje militar: «*Per Bacco!* tenemos aquí carbonarios que han perdido la cabeza. No saben lo que quieren, pero es igual; hacen minas y contra minas contra el gobierno, y engañan á cierto número de afiliados que nunca han

visto nada.» Desarrolló despues su tema con un buen sentido práctico verdaderamente notable.

Tal fué la conclusion de aquel entretenimiento, que se prolongó hasta el paso de un rio cuyo nombre he olvidado. La Ramánia, como las otras partes de los Estados pontificios, desea no un cambio de gobierno, sino una reforma administrativa. Ver á los cardenales y á los prelados ocupar los puestos civiles más elevados, nos parece á los Franceses una cosa extraña é impopular; estamos en un error. Desde luego todo hombre que quiere tomarse el trabajo de reflexionar, se convencerá de que no debe ser de otro modo en un gobierno eclesiástico. En seguida la experiencia enseña aquí, que un prelado ó un cardenal son siempre más accesibles al pueblo y en razon misma de su carácter ofrecen más garantías que los legos. Ciertos ensayos de secularizacion, intentados en diferentes épocas, han probado suficientemente á las poblaciones que no tendrían que reclamar sobre este punto la aplicación de las ideas de un corto número. En fin, léjos de ser ocupados todos los puestos por eclesiásticos, y haciendo á un lado los de funciones más importantes, los otros empleos son recibidos en su mayoría por seculares. Así, nosotros dejando al pueblo romano en su buen sentido, no dudamos que seguiría viviendo feliz y tranquilo bajo las leyes de su gobierno, el más paternal del mundo, pero sufre la influencia del espíritu general. Sociedades secretas, libros clandestinamente introducidos, viajeros de todas las naciones depositan en su seno gérmenes de descontento y le arrojan á tristes excesos. Es tal la imprudencia ó la malicia de ciertos turistas que los más moderados se empeñan en levantar, acriminar y exagerar, si no inventar, las faltas inseparables de todas las instituciones humanas y que en todo

caso son mil veces preferibles á las más bellas utopias de los fabricantes de constituciones *á priori*.

La noche habíase cerrado hacia mucho tiempo cuando llegamos á la poblacion de Argenta. Damos las gracias á la casucha aislada que nos dió una habitacion apetecible, pan francés y un buen fuego.

#### 8 DE ABRIL.

Ferrara.—Castillo.—Catedral.—Santa María del Vado.—Himno *O gloriosa Dómina*.—Biblioteca.—Manuscritos del Tasso, de Ariosto, de Guarini.—Frision del Tasso.—Hospital.—Aduana austriaca.—Relaciones del Austria con la Santa Sede.—Rovigo.

Muy temprano entrábamos á Ferrara. Lo que llama la atención desde luego es el aspecto triste y monótono de esta ciudad, en otro tiempo la gran reina del Po! la ciudad sabia, el lugar de cita de los poetas y de los bellos espíritus del siglo décimosexto. ¡Qué diferencia hoy! Sus antiguas murallas de ladrillo están todavía en pié, su ciudadela amenaza siempre á la ciudad; sus calles alineadas de una longitud y de una anchura extremas, no han cambiado ni de nombre ni de dirección; pero el ruido de la multitud no resuena ya en sus brillantes pavimentos; el silencio de la tumba ha sucedido á las agitaciones de aquella ciudad en otro tiempo tan activa. Despues la mirada del viajero se afecta penosamente al ver el soldado austriaco ocupar la ciudadela de una ciudad que no pertenece ya al imperio. Podría decirse que es el carcelero que espía los menores movimientos de su prisionero, siempre pronto á asegurar más las cadenas ó agravarlas. Así lo han decidido los tratados de Viena en 1815.

1. La gran donna del Po; Tassoni, *Secchia rapita*, cant. V, st. 37.



Ferrara invadida por los franceses fué devuelta á la Santa Sede, á condicion de que recibiera en su fortaleza una guarnicion austriaca.

En medio de su soledad conserva Ferrara hermosos vestigios de su antigua magnificencia. El castillo, antigua residencia de los duques, situado en medio de la ciudad, rodeado de fuertes, de torres, de balaustrados y de fosas llenas de agua presenta un golpe de vista imponente. El interior ha dejado de estar en armonía con la arquitectura; todo se ha renovado y compuesto al gusto moderno. ¡Qué de recuerdos llama! Allí tenia su brillante corte el duque Alfonso, llamado por el Tasso, el Magnánimo: *Tu magnanimo Alphonso*; allí el cantor de la *Jerusalen libertada*, el Ariosto y Guarini recitaban sus versos; allí la herejía bajo la figura de Calvino, venia á seducir á la princesa Renea, hija de Luis XII, y á preparar poco á poco las desgracias de la familia que prestó oídos á sus pérfidas lecciones.

No léjos del castillo se levanta la catedral dedicada á San Jorge. Este edificio del siglo undécimo, conserva exteriormente su bello carácter, mitad romántico, mitad gótico. En la gran fachada aparece la gran escena del Juicio Final. En el centro del limpano 1 se ve al Padre Eterno recibiendo á los elegidos en su seno, mientras el diablo armado de una horquilla arroja á los réprobos á los pozos del abismo. Como acompañamiento, ó más bien como peripecia de este gran drama, los siete pecados mortales, la vida del Redentor y una multitud de emblemas sagrados ocupan las otras partes del pórtico. Si los pensamientos graves son hijos de los pensamientos saludables, la catedral de Fe-

1 Espacio que se encuentra en medio de las tres cornisas de un frontispicio donde se colocan los bajos relieves, algunas figuras ú ornatos.—N. del T.

rrara puede lisonjearse de dar al fiel que va á orar allí, muy útiles lecciones.

El interior está adornado con bellas pinturas, entre las cuales se nota una *Santa Virgen* llena de gracia y de majestad y un *Juicio final*, el primero despues del de Miguel Angel. Pero lo que interesa vivamente son las admirables miniaturas que adornan los veintitres volúmenes de libros de coro. Estas obras maestras del Cosmé rivalizan con las de Sienne, elogio que basta para dar una idea de su magnificencia.

La iglesia de Santo Domingo atrae la curiosidad por las estátuas grandiosas de su fachada y por el sepulcro de Célio Calcagnini. El epitafio de este hombre célebre, poeta, sabio, anticuario, naturalista, profesor, astrónomo, embajador, está lleno de un sentido profundo. *Ex diuturno studio in primis hoc dicit: MORTALIA OMNIA CONTEMNERE ET IGNORANTIAM SUAM NON IGNORARE.* «En su largo estudio aprendió, ante todo, á despreciar todo lo que es mortal y á no ignorar su ignorancia.»

Hé aquí ahora la iglesia más antigua de Ferrara, Santa María del Vado, anterior al siglo undécimo. Un brillante milagro la ha hecho célebre en la devocion de sus habitantes. El dia de Pascua del año 1171, un sacerdote, el prior Pedro, decia la misa en el altar mayor, cuando despues de la consagracion, en presencia de todo el pueblo, brotó de la santa Hostia un hilo de sangre que cubrió la bóveda del coro. Un magnífico cuadro perpetúa el recuerdo del milagro, cuyas circunstancias explican su utilidad. El dogma más querido del catolicismo, su alma, su corazon, su vida, su gloria, es sin contradiccion la presencia real, la Encarnacion permanente del Hijo de Dios entre los hombres. ¿Debemos admirarnos de que todas las grandes herejías hayan tenido

por objeto arruinar, directa ó indirectamente, la fe de este misterio? En la Edad Média los maniqueos, extendidos por toda la Europa, combatian esa fe sordamente, mientras Beranger lo hacia á cara descubierta. Estas causas y otras más, tendian á arrojar en las almas dudas funestas. El Hijo de Dios en su bondad no quiso quedarse sin dar ilustres testimonios. Se cita hácia aquella época en Oriente el milagro de Constantinopla referido por Nicéforo; en Occidente el de los Billetes, 1 en Paris el de Bolsena, y en fin, el de Ferrara de que acabo de hablar.

Santa María del Vado interesa además por otro recuerdo. ¡Cuántas veces no ha visto al Apóstol de la Románia, á San Antonio de Padua prosternado en su venerable santuario! ¡Cuántas veces sus bóvedas antiguas no han resonado con el himno tan gracioso y tan tierno que él dirigia á María: *¡O gloriosa Domina!* «Este arranque de amor filial, dice el historiador de su vida, era el soplo de su alma; con la misma frecuencia que se escapaba de sus labios el aire vital, con esa misma se exhalaba de su corazon este himno.» 2 Antes de ir á la Biblioteca pública en donde se nos mostrarán los cantos profanos y hasta licenciosos de los poetas que el mundo exalta hasta las nubes y que los turistas, siguiendo á lord Byzon, á Alfieré y á Lamartine creen un deber venerar, ¿por qué me seria prohibido recordar un canto cristiano, un canto doce veces secular que ha pasado y santificado los labios de tantas generaciones y que respira los sentimientos más dulces y más puros? Por otra parte, el himno *¡O*

1 Orden de religiosos llamados en otro tiempo «Hermanos de Nuestra Señora de Paris.»—N. del T.

2 In ogni in contro facea uso dell'inno *O gloriosa Domina*, con gran tenerezza e fiducia, sino a potersi dire che con esso sulle labbra spirasse. Dissertaz., n. XLVII, p. 441.

*gloriosa Domina!* tan querido de San Antonio, ¿no es una produccion del suelo que pisamos? 1 Aunque pertenezca á la Francia por su episcopado, al mundo por su génio, el piadoso autor Venancio Fortunato, pertenece á Trevisa por el nacimiento y á Ferrara por la amistad. El himno virginal, quitado de nuestros breviarios franceses por el vandalismo litúrgico de los dos últimos siglos, pero conservado en el breviario romano, continúa perfumando y regocijando á las cinco sextas partes de la Iglesia católica, quienes la cantan en Laudes del oficio de la Santísima Virgen. El peregrino católico, de pié en *Santa María del Vado*, repite con gran gusto aquel himno, uniendo su amor al de tantos hermanos vivos y muertos que lo han recitado ántes de él.

La biblioteca es sin duda el monumento de Ferrara más religiosamente visitado por los viajéros. Lo que les atrae, no es tanto la bella coleccion de ochenta mil volúmenes y de novecientos manuscritos que la enriquecen, sino las reliquias del Tasso, del Ariosto y de Guarini. Del primero se enseña la *Jerusalen libertada*; está escrita y corregida por mano del autor, quien acabó con estas palabras: *Laus Deo!* Gloria á Dios! ¿Cómo sustraerse de una viva impresion al ver el inmortal trabajo del más grande poeta épico? ¿Cómo no

1 Hélo aquí en su forma primitiva:

O gloriosa domina,  
Exelsa super sidera,  
Qui te creavit provide  
Lac:asti sacro ubere,  
Quod Eva tristis abstulit  
Tu reddis almo Germine:  
Intrent ut astra flebiles  
Coeli fenestra facta es,  
Tu Regis alti janua  
Et porta lucis fulgida,  
Vitam datam per Virgineem.  
Gentes redemptae, plaudite.  
Gloria tibi, Domine,  
Qui natus es de Virgine,  
Cum Patre et Sancto Spiritu  
In sempiterna secula. Amen.



glorificar al Dios que dispensa el géneo y cómo no sentir el abuso que el hombre hace de él? Si alguna cosa puede expiar los extravíos del Tasso es el noble objeto que se había propuesto en su poema, así como las persecuciones más ó menos merecidas de que fué objeto. Un sentimiento de melancolía, se apodera del corazón cuando se leen estos versos escritos por el poeta en su prisión y dirigidos al duque Alfonso, cuya rigurosa sentencia sufría: Piango il morir, nè piango il morir solo, Ma il modo, e la mia fè, che mal rimbomba, Che col nomen veder sepolta parmi. Nè piramidi, o mete o di Mausolo Mi saria di conforto aver la tomba, Ch'altre molli innalzar credea co' carmi.

El viejo sillón de nogal y el elegante escritorio de bronce del Ariosto mueven más ó ménos el alma del viajero. En el recuerdo de este hombre que hizo tanto mal, hay un no sé qué que atrae no solo el respeto sino también la admiración. Es necesario como Alfieri llevar el entusiasmo del bello espíritu hasta la idolatría para venerar los fragmentos manuscritos del *Orlando* y poner en el rango de los más insignes favores el permiso de escribir sobre una de aquellas hojas desprendidas: *Vittorio Alfieri vide e venerò, 18 giugno 1783.* «Victorio Alfieri vió y veneró 18 de Junio de 1783.» Y tiene á bien después de esto reprochar á los católicos su veneración hácia las obras, hácia las reliquias, hácia los cuerpos y hácia la sangre de los mártires.

¿Qué diré del *Pastor Fido* de Guarini, cuyo manuscrito borroneado, se conserva con tanto cuidado como los precedentes? El me recordó que el autor, diputado de Ferrara para cumplimentar á Paulo V por su advenimiento al trono, recibió del cardenal Belarmino esta severa pero justa lección: «Vos habeis hecho con vuestro poema, le dijo el ilustre príncipe de la

Iglesia, tanto mal al mundo cristiano, como Lutero y Calvino con sus heregías.»

Se nos llevó de la biblioteca á la pretendida prisión del Tasso. Esta es una especie de agujero oscuro y mal sano en el cual los devotos, tales como lord Byron, Casimiro Delavigne y otros, han trazado con lápiz sus gemidos más ó ménos poéticos. Desgraciadamente para su sensibilidad, no hay una alma instruida en Ferrara, que reconozca este calabozo como la prisión del poeta. El Hospital de Santa Ana fué la mansión forzosa del Tasso, encerrado dicen unos por causa de locura y según otros por causa de mala voluntad con el duque de Ferrara.

Dejando á los eruditos agotar entre sí esta cuestión, visitamos el hospital en cuya puerta se lee esta bella inscripción: *Agris pauperibus patet hic ostium charitatis.* «A los enfermos pobres se aquí la puerta de la caridad.» Atravesamos el cuartel de los Judíos, más hermoso que el Ghetto de Roma y entramos al convento de los Benedictinos, la bóveda del vestíbulo que precede al refectorio presenta la obra maestra del Carofalo; este es el Paraíso. Se admira uno de ver en la gloria al Ariosto, en medio de los coros de los ángeles y de las vírgenes; pero la tradición viene en auxilio vuestro. El poeta dijo al pintor: «Ponedme en vuestro paraíso, porque no estoy muy seguro de ir al otro.»<sup>1</sup> ¡Ojalá y se haya engañado!

En las puertas de la ciudad, en Lagoscuro, atravesamos el Pó, el *Rex Eridanus* de Virgilio, cuyo cauce iguala casi la altura de las torres de Ferrara, y tocamos al reino Lombardo-Véneto. La aduana de Santa María Magdalena nos obligó á hacer un poco y gracioso conocimiento con la policía de Su Majestad imperial y real. Enseñanzas auténticas tomadas de

<sup>1</sup> Depingetemi ne questo paradiso, perchè nel'altro io non civo.

los mismos lugares, nos hicieron juzgar no solo de la policía, sino de la administración austriaca. Hé aquí algunas de ellas sin nombres propios para no comprometer á nadie.

Durante nuestra permanencia en Roma habíamos oído hablar muchas veces de los embrollos y de las relaciones poco benévolas del gobierno austriaco con la Santa Sede. Aquí tuvimos la prueba de que el josefismo mezquino, solapado y celoso sigue marchando á la opresión y al envilecimiento de la Iglesia. Comienzo por absolver al emperador mismo y á los miembros de la familia imperial, cuya piedad sincera y cuyas rectas intenciones no se ponen en duda por nadie. No es ménos cierto que á la sombra del trono y entre los pliegues del manto imperial se ocultan hombres hábiles y poderosos que quieren reducir á la Esposa del Hijo de Dios á la condición de una esclava, quieren darla el papel de una ama de llaves.

Así, las comunidades religiosas no pueden recibir novicios sino con el consentimiento y agrado del poder. Toda correspondencia directa de los obispos con Roma, se encuentra severamente prohibida. Ninguna carta episcopal, aunque tenga por objeto pedir una dispensa en materia de matrimonio, puede salir para Roma sin dejar de pasar *abierto* por las oficinas de la cancillería.

Ningun obispo puede dirigirse á Roma sin haber obtenido el permiso del gobierno. Sea que este permiso se obtenga difícilmente, ó que los obispos tengan poco empeño en solicitarlo, es un hecho que la presencia de un prelado austriaco en Roma es un acontecimiento. En el año del jubileo en 1825 y en la canonización solemne de santos en 1837, la Ciudad eterna reunió obispos de todas las naciones del mundo, ménos de Austria.

Prohibición expresa á todo jóven ecle-

siástico de ir á estudiar á Roma. Aquel que á pesar de esta prohibición, se atreviese á aprender la ciencia sagrada en el foco mismo de la doctrina, perdería el título y las ventajas de ciudadano.

Ningun breve, encíclica ú otro escrito emanado del soberano Pontífice puede llegar á un obispo si no es por medio de la cancillería. Para ser publicada toda letra apostólica, necesita el *placet* ministerial. Miétras que toda la Italia había acabado su jubileo por la España, atravesamos la Lombardía muda é inactiva. Ningun obispo había publicado todavía el breve pontificio.

Pero hé aquí alguna cosa aun más extraña. El Austria ha puesto índice al Índice Romano. Guardaos de llevar en vuestra maleta el catálogo impreso de las obras censuradas por órden del soberano Pontífice, porque la aduana os lo confiscaría infaliblemente. La católica Austria, como la mayor parte de las otras naciones, está ligada así contra la Iglesia: y puede lisonjearse de no hacerla derramar las lágrimas más amargas. Cuidese en todo caso, porque es peligroso chocar contra la piedra; veinte pueblos duermen en los sepulcros que ellos habían cavado para la Esposa del Hombre-Dios.

Al través de una magnífica llanura, entre dos líneas de gigantescos álamos, se desliza unido como un espejo el camino de Rovigo. Se le anda con interés echando una rápida ojeada sobre las ruinas cercanas de la antigua Adria. De la ciudad romana no queda hoy más que el nombre llevado por el mar, cuyas olas apartadas por la arena no bañan ya el lado en que estaba asentada.